



HEREDERA DE UN  
SECRETO

ELISA ROLDÁN









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1999, ELISA ROLDÁN  
© 1999, 2010, 2011, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4668-6  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p>Roldán, Elisa<br/>Heredera de un secreto / Elisa Roldán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :<br/>Santillana, 2016.<br/>200 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)</p> <p>ISBN 978-950-46-4668-6</p> <p>1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.<br/>CDD 863.9282</p> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN encuadernación ARÁOZ S.R.L.,  
AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

HEREDERA DE UN  
SECRETO

ELISA ROLDÁN

loqueleg



*Al vitral de la  
confitería “Las Violetas” de  
Rivadavia y Medrano.*





1  
LA VIEJA CASA DE FLORES

—¿**T**e parece que con esta pinza vas a poder, pa? Mejor te busco otra. Está durísimo. Debe hacer como veinte años que nadie hace un arreglo en esta casa.

Carolina subió corriendo las escaleras hasta una de las habitaciones del piso superior convertida en depósito de herramientas viejas, cajas con papeles, algún baúl con ropa y todo lo que en la casa había sido desechado en sus más de cien años de existencia.

Daniel seguía en el baño luchando con una canilla que se resistía a sus intentos por arreglarla. El regreso a la casa lo emocionaba aunque conocía poco al tío solterón que había vivido allí hasta su muerte, pero vagos recuerdos infantiles de alguna fiesta familiar le traían a la memoria ciertos rincones, algún sendero del jardín, la escalera de madera que llevaba a las habitaciones del primer piso.

El aspecto de hoy era otro: no había perdido su apariencia señorial, pero estaba deteriorada por los años. La noticia de la herencia había llegado hasta Ushuaia —donde Daniel, Alicia y sus hijas vivían— por medio de una carta escueta del viejo escribano amigo de su tío en la que le comunicaba

el contenido del testamento: como hijo único de su hermano, don Rafael lo había designado heredero universal de sus bienes. En realidad, sus bienes se reducían a esa vieja casona de la calle Francisco Bilbao al 1700 en el barrio de Flores.

—A ver, probá con una de estas. Traje todas las que encontré. A lo mejor hay otras en otro lado, pero ya casi no se ve y arriba no hay luz.

La voz de Carolina lo sacó de los recuerdos. Sus hijas se habían criado en Ushuaia y Daniel temía por este traslado precipitado y casi obligado a Buenos Aires. Las cosas estaban difíciles en el sur y la capital les ofrecía mejores perspectivas de trabajo.

En realidad, la que más lo preocupaba era Natalia, la menor: con sus catorce años, todavía disfrutaba de la vida sencilla, del paisaje y de los amigos de Tierra del Fuego. Jimena, la mayor, ya había pasado el último invierno en Buenos Aires, estudiando y trabajando. Alquilaba un departamento con dos amigas y, en cierto modo, ya se había acostumbrado a estar lejos del núcleo familiar. En cuanto a Carolina, Daniel sabía que el cambio sería un estímulo para su permanente deseo de investigar.

—Nati, poné la mesa que, en cuanto llegue Jimena con el flete, comemos.

Alicia estaba preparando la comida. Para ella, como arquitecta, la casa vieja recién heredada significaba un desafío: era apasionante desentrañar los secretos de una construcción de cien años, sólida y señorial pero decaída, y transformarla en la vivienda que quería para su familia. Mientras

iba y venía por la cocina, tratando de encontrar los utensilios imprescindibles, pensaba en la manera de refaccionarla, de permitir la entrada de la luz desde el jardín, de ubicar alacenas, de prever los espacios para los muchos aparatos que hoy parecen imprescindibles y que, cien años atrás, ni la imaginación más desbordada hubiera sospechado.

—Ma, ¿Jimena se trae el televisor que tenía en el departamento? El que está en el comedor es en blanco y negro y además anda mal.

Natalia empezaba a dar muestras de su malhumor. Tal como suponía Daniel, era la menos convencida con el cambio. La perspectiva de pasar uno o dos meses sola con sus hermanas en Buenos Aires, hasta que sus padres vendieran la casa y terminaran de resolver sus asuntos de trabajo en Ushuaia, la angustiaba. El cambio de colegio, la incertidumbre por los nuevos compañeros, el miedo por tener que manejarse sola en una ciudad tan grande, eran pensamientos que no la abandonaban. Solo la idea de recuperar el contacto diario con Jimena la atraía un poco. Sentada frente a la ventana, acariciando el pelo corto y espeso de Cristal, esperaba la llegada de su hermana mayor. Hacía mucho calor en marzo en Buenos Aires. En cambio, al final del verano, Ushuaia era tibia, luminosa, con tardes tranquilas para charlar con los amigos o tocar música y cantar en la casa de ventanales enormes que daban al glaciar. Natalia no podía dejar de hacer comparaciones.

—Nati, ¡la mesa! —insistió Alicia. El aroma del pescado al horno invadía ya la casa. Natalia se levantó con pocas ganas y fue hasta el aparador

del comedor donde estaba la vieja vajilla de porcelana.

—Hay que lavarlos, mami. ¿Dónde está el detergente?

—Sobre la mesada. Después le buscamos un lugar en la alacena —reflexionó Alicia en voz alta.

El timbre y la voz de Jimena en la calle la sacaron de sus pensamientos. Apagó el horno y atravesó el pasillo hasta la puerta de entrada. Empezaba a oscurecer. Prendió la luz del corredor y abrió la pesada puerta de hierro.

Natalia la siguió. Desde el rincón de la sala en el que se había instalado el día anterior, Cristal hizo apenas un leve movimiento con las orejas. Con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras y los ojos transparentes entrecerrados, la hermosa siberiana (*husky* como les decían en Ushuaia), parecía un animal diferente: no había aullado ni una sola vez, no se había movido de su lugar y rechazaba la comida. Natalia la animó a salir:

—Vamos, Cristal, vení a saludar a Jimena.

Cristal se levantó pesadamente, abrió la boca en un bostezo amplio, estiró las patas delanteras y, con la cola baja, la siguió hasta la puerta.

—Daniel, vení a ayudar a Jimena a bajar las cosas —se oyó la voz de Alicia llamando a su marido.

—¡Cuidado con esa caja que está llena de papeles y no pude acomodarlos bien! —advirtió Jimena a Carolina, que ya estaba al lado de la camioneta ayudando a su hermana.

A pesar del calor, los movimientos de la familia fueron rápidos y coordinados. En pocos

minutos ya estaban en la casa papeles y libros, una valija con ropa, un televisor, un escritorio y una silla, una PC con su impresora, un sofá cama y una cantidad de cajas de diversos tamaños con rótulos que solo Jimena podía descifrar.

—¡El bolso azul!, ¿alguien lo bajó de la camioneta? —preguntó Jimena mientras repasaba rápidamente con la vista la fila desordenada de objetos en el piso.

Sin esperar respuesta corrió hasta la calle. El chofer ya había advertido el olvido y bajaba con el bolso que había quedado sobre el asiento delantero.

—¡Gracias! ¡Qué cabeza! Con tantas cosas y el apuro... Papá ya le pagó, ¿no es cierto? Bueno, hasta la próxima..., aunque espero no volver a mudarme en unos cuantos años.

La camioneta arrancó en la penumbra del atardecer. La calle estaba solitaria. Sin saber por qué, Jimena giró la cabeza: un leve movimiento de las cortinas en la casa de al lado le permitió ver las siluetas de dos personas mayores —un hombre y una mujer— que la miraban. Jimena se detuvo un instante antes de entrar. La cortina volvió a correrse y las siluetas se borraron.

Mientras Natalia y su mamá terminaban los preparativos para la cena, Jimena fue llevando hasta la sala que sería su dormitorio y el de Nati, las cajas más livianas. Más tarde, su papá la ayudaría con los muebles. Cristal había recuperado su lugar bajo la ventana y su posición inicial. Jimena no pudo evitar acariciarla y hablarle suavemente al oído tratando de que ella la entendiera. Sabía que

la perra iba a ser no solo la compañía de las tres durante esos meses sino también su guardiana fiel en cuanto pasara ese primer momento de sorpresa y nostalgia.

—¡A comer! —llamó Alicia desde la cocina.

Rápidamente la familia entera rodeó la mesa y Daniel propuso un brindis:

—Porque este regreso a Buenos Aires sea el comienzo de una vida distinta pero hermosa para todos.

Chocaron las copas. Alicia lo miró y le sonrió con complicidad. Carolina levantó el pulgar en señal de triunfo y Jimena acarició el pelo de Natalia. Todos esperaban que el buen deseo fuera de verdad un presagio, pero costaba articular palabras.

Jimena fue la que hizo el primer comentario:

—¿Alguien vio a los vecinos de al lado, los de la casa que está para el lado de Curapaligüe? Me pareció que nos espiaban detrás de la ventana. Parecen un matrimonio mayor medio raro. En lugar de salir, o de presentarse, o de quedarse adentro sin hacer nada y esperar la oportunidad para conocernos, estaban detrás de la ventana mirando con disimulo.

—Sí, yo los vi... Bueno, en realidad, yo también estuve espiándolos —se entusiasmó Carolina—. A lo mejor no son un matrimonio. Me hacen acordar a los hermanos de “Casa tomada”... Seguro que ella se la pasa tejiendo y él coleccionando estampillas y oyen ruidos en el fondo... ¡Qué lindo para escribir un cuento!

—Claro, pero vas a tener que inventar otra historia: con esa te ganó Cortázar —la desilusionó Jimena.

Carolina no contestó. Algo en su interior le decía que la vieja casa de Flores iba a darle muchas ideas para un montón de historias. Sin embargo, sabía que iba a tener que transgredir la recomendación de su madre:

—Con el escritorio, este comedor diario, el comedor grande y los cuartos es suficiente para ustedes. No abran más habitaciones. Por ahora, para ustedes solas, con esos cuartos va a ser más que suficiente. Cuanto menos abran, menos van a tener que limpiar.

—Ma, ¿le diste de comer a Cristal? —la preocupación de Natalia interrumpió las recomendaciones de Alicia.

—Sí, Nati, fíjate si comió y andá a acostarte. Mañana tenemos que levantarnos temprano para ir a comprar los guardapolvos. Te prepararé la cama en la sala, al lado de Jimena, como vos querías. Dormite que después papi va a acomodar las cosas que trajo tu hermana del departamento.

Natalia saludó a todos y se fue a su cuarto. Antes pasó por la cocina: en un rincón estaban los restos de la comida de Cristal. Se sintió aliviada: por lo menos había comido un poco.

—A ver quién me ayuda a levantar la mesa —pidió Alicia mientras llevaba la fuente a la cocina.

—Carolina —indicó enseguida Jimena—. Yo tengo que acomodar las cosas que traje y, además, tengo que preparar todo para mañana.

Carolina no aceptó de muy buen grado la decisión de su hermana pero, cuando quedó sola en el comedor, empezó casi mecánicamente a recoger los platos. De pronto, algo la obligó a



darse vuelta. Un leve crujido, apenas perceptible, la distrajo. La voz de Alicia apurándola la volvió a la tarea. Sin pensar demasiado, atribuyó a alguna incursión de Cristal el ruido y siguió apilando con dificultad platos y cubiertos. Apurada por encerrarse en el escritorio que sería su cuarto, tropezó con el marco inferior de la puerta. Una ágil maniobra salvó la vajilla y, enojada con su propia torpeza, llegó hasta la cocina.

—Estas puertas con marco en el piso, o como se llame esa madera donde se ajustan, son un problema... me las llevo por delante a cada rato...

—Si miraras por dónde caminás... —la recriminó suavemente Alicia.

Pero Carolina no alcanzó a escuchar el comentario de su madre: en pocos pasos había recorrido el pasillo y ya estaba encerrada en el escritorio que daba a la calle y que sería, en adelante, su cuarto y su refugio.

La cama que le habían destinado era bastante vieja e incómoda, pero la excitación, el cansancio de la mudanza y la curiosidad eran más fuertes que la falta de confort. Cerró la puerta del escritorio y, antes de desvestirse, paseó la mirada por esos muebles antiguos y oscuros. Un sillón alto, tapizado en cuero verde daba la espalda a la ventana de persianas oxidadas. El escritorio sobre el que descansaba una lámpara de bronce tenía las patas trabajosamente talladas. En un rincón descubrió un mueble pequeño que hacía juego con el resto: un *secretaire* con la tapa cerrada. Se acercó para admirar el color oscuro de la madera,